

(Narradora vestida de época 1808, con vasija de barro a la cintura, sobre una mesa hay un botijo con agua, recorre el escenario, se para en el centro, mira al público y les habla directamente).

- **Narradora:** Buenas tardes tengan ustedes (Acompañada con reverencia de la cabeza, sin dejar de mirar al público).

Se preguntarán quién soy yo, y qué pinto yo en toda esta historia... (Alzando la voz repite la última palabra),... ¡Historia! ... bonito nombre. Muchos son sus nombres, aunque uno sólo su apellido,... ¿Que quién soy yo?,... ¡Pero si ya se lo he dicho!,... ¡¡Yo!!,... ¡¡Yo soy la Historia!! ,... Ya sé, ya sé; que de todos es bien sabido que toda historia depende de quien la cuente,... Aunque me avergüence reconocerlo,... muchos pueden ser los padres de la historia,... (alzando la voz), ¡¡Pero les aseguro!!,... ¡¡Que una sola Historia es la madre que me parió!!,... (con altanería sin dejar de mirar al público arrogantemente) ¡¡Sí,... ¿Qué pasa?!!,... ¡¡Yo, sí!!, ... ¡¡Yo soy la Historia de España !!, ... (deja de mirar altanera al público, algo en su interior la hace bajar los ojos y los hombros, baja el tono de voz al seguir hablando, como avergonzada), ... Pero no solo estoy hecha de luces, de gloria y de honra,... muchas son también las sombras que me avergüenzan y que me gustaría callar,...(Arranca con coraje). ¡Pero si lo hiciera!,... ¡Dejaría de ser hija de mi santa Madre! Para convertirme en la hijastra de Doña Manipulación,... En la sobrina de la Señora Tirana,... O en la nieta de la Venerable Sin Razón.

El tiempo que nos ocupa, narra la historia de un español que en la meseta castellana en 1808, como tantos otros por toda España, se alzó y enfrentó al ejército más poderoso del mundo, que pretendía adueñarse de España, con el consentimiento de sus gobernantes.

Pero para entender toda la historia tenemos que remontarnos 100 años atrás ... (Deja la vasija en el suelo, de entre el corpiño saca una hoja, se fija en ella tapando su cara tras ella y sin bajar la hoja saca la cara del papel y se dirige al público). Sí,... ¿Qué pasa?,... ¿Acaso creéis que se me ha olvidado el papel de esta obra de teatro?,... ¡Noooo señores, no! La historia no sólo debe de ser contada, si no “le,.. í,.. da“. (Señalando a todos con su dedo por todo el escenario) Todos tienen la obligación de escudriñar, de verificar, de leerla en definitiva. Para conocer la historia,... ¡Tienen que leerla! Yo no puedo con el poco tiempo que el autor me ha dado en esta obra, en contarles todo. Sólo

puedo contarles una pequeña parte. Pero espero que esta pequeña parte les

motive para conocer más a fondo los pormenores de todos los personajes y de la situación que originaron los acontecimientos. Además, (se dirige al botijo en la mesa, lo coge, da un trago, se seca con el antebrazo y vuelve a mirar al público), si tuviera que contárselo todo, yo me quedaría con la boca seca, y ustedes con el culo roto. Y seguro aburriéndoles se marcharían y como tantas otras veces, me quedaría sola, callada, y presta a ser olvidada.

(Vuelve a la hoja y se pone a leer con entonación en lo que lee, para que los espectadores no pierdan la atención).

100 años antes de estos hechos el Rey Carlos II, al que llamaban el Hechizado murió sin descendencia (se hace la señal de la cruz e inclina la cabeza en posición orante). Dos eran los pretendientes al trono de España. Uno el Archiduque Carlos de Austria y otro Felipe de Anjou, nieto del Rey de Francia, emparentados ambos con la familia real española, lo cual originó la Guerra de Sucesión. Esta guerra que se decantó a favor de Felipe de Anjou al que se coronó como Felipe V, con la única condición por parte de los españoles, de que España, siempre mantendría su independencia política y geográfica. (Hace un gesto de altanería con la cabeza y soltando un sonido de orgullo a la vez) Comenzando así la dinastía de los Borbones en España. Así es como durante casi 100 años, españoles y franceses fuimos independientes, con diferentes reyes de descendencia francesa pero aliados de éstos. Después de la Revolución Francesa en 1789, Carlos IV de España declaró la guerra a los revolucionarios franceses para ayudar a la monarquía derrocada de Francia y por la religión católica que éstos habían socavado. España terminó perdiendo esa guerra llamada del Rosellón y para que se fueran los franceses de Guipúzcoa, Vitoria y Pamplona, en las cuales se habían asentado, hubo que darles la isla de Santo Domingo. Tratado firmado como La Paz de Basilea. Napoleón Bonaparte se coronó Emperador de Francia y a través de actos bélicos se hizo con casi toda Europa. Ya que por mar no pudo doblegar a los ingleses tras el desastre de Trafalgar (Francia y España luchaban como aliados contra Inglaterra), aprovechando la debilidad monárquica y familiar entre Carlos IV y su hijo Fernando VII en España y con el pretexto de invadir Portugal, (Aliados de los ingleses) hizo traer Napoleón a suelo francés, a la familia real española para que arreglasen sus desavenencias, mientras sus tropas iban posicionándose en suelo español con más de 100.000 hombres a finales de 1807. (Por el escenario van saliendo personajes y la narradora se aleja y desaparece, mientras dice:) Pero dejemos que sea el protagonista el que nos cuente su propia historia.

ACTO 2º

(En escena salen campesinos de Castilla, con aperos de labranza, haciendo que trabajan la tierra, sudando, trabajando felices, mirando y riendo al ver las mujeres las cuales ríen y una da un cachete en la mano a uno que tras ella se pavoneaba, echando a correr ésta y riendo todos).

Labriego 1.- Juan,... ¿Eran guapas las francesas?

Empecinado.- No tuve tiempo en la guerra si no de matar y de estudiar cómo se mata y de que no te maten.

Labriego 2.- ¿Todo era matar en Francia?

Empecinado.- No, además de aprender en el arte de la guerra, se aprende que hay que premiar el valor y la lealtad, así como ciertas normas de hidalguía y humanidad para con los prisioneros.

Labriego 1.- Pues no parece que a ti la patria te premiara mucho.

Empecinado.- ¿Por qué habría de hacerlo? Fui un soldado voluntario más de esa guerra que después de irla ganando, el inútil de Godoy terminó jodiendo.

Labriego 2.- Pues a él sí le premió la patria llamándole Príncipe de La Paz, con unos buenos reales de vellón que ese título conlleva.

Empecinado.- Los títulos y honores siempre son concedidos a los principales de la mesa y demás serviles que revolotean alrededor del rey. Bastante honor ya fue para mí que el general Ricardos me nombrara su ordenanza.

Labriego 1.- Pues con tal honor tu mesa no parece muy sobrada de vituallas y manjares.

Empecinado.- Estas manos me sobran para dar de comer a mi mujer e hijos y hasta para ayudar a mi anciana madre, y te puedo asegurar que no nos acostamos ninguno sin cenar.

Labriego 2.- Si llueve a su tiempo, no falta de comer en los campos de Castilla, lo malo es que no hay otra faena acá, que no sea la del campo.

Labriego 1.- ¿Has trabajado en otra cosa que no sea el campo?

Empecinado.- Después de la Guerra del Rosellón unas veces me ha tocado trabajar el campo y otras de zapatero remendón.

(Empiezan a sonar tambores y varias formaciones de soldados franceses aparecen en escena ante las miradas desconfiadas del Empecinado. Se posicionan soldados forcejean con mujeres, intentando sobrepasarse con ellas, un labriego se interpone defendiendo a las mujeres y todos calan sus bayonetas y apabullan al labrador. Se sientan en una taberna piden vino, miran con desprecio a los españoles, se levantan, el tabernero les pide que paguen sus consumiciones y vuelven a tirar de bayoneta y sables arrugándose el tabernero y yéndose éstos sin pagar).

Labriegos españoles.

Soldados franceses.

Mujeres españolas.

Tabernero.

(Todo esto lo ve el Empecinado y cuando calan las bayonetas los franceses hace ademán de ir a por ellos, pero los labriegos con los que habla, le retienen e impiden que cometa ninguna locura). (El escenario se despeja de gente, en un extremo una mujer sola es asaltada por un soldado francés, forcejea con ella y tras algo que oculte la humillación en el escenario, pero viendo todos los espectadores lo que ocurre allí, la mujer sale medio desvestida con las manos en la cara sollozando y el francés satisfecho arreglándose la vestimenta. El Empecinado abre una navaja de siete muelles al ver lo que ha pasado desde una parte del escenario y se acerca al francés por detrás, y le corta el cuello por la espalda. Éste cae en el escenario. El Empecinado huye y aparecen los compañeros del francés dando la voz de alarma, con voces y bayonetas caladas dando culatazos y amenazando a los labriegos que por allí pasaban).

ACTO 3º

5

(Aparece en escena la narradora nuevamente y continúa leyendo)

Narradora.- Antes que el 2 de Mayo de 1808 el valeroso pueblo llano de Madrid, no apoyados ni por sus gobernantes, altos mandos militares y eclesiásticos, los cuales confraternizaban y aprobaban que una nación extranjera tomara las riendas del país; Juan Martín Díez, nuestro héroe, más conocido como el “Empecinado”, natural de un pequeño pueblo de Valladolid y veterano de la Guerra del Rosellón, sabiendo cómo se las gastaban los franceses formó una primera “Partida” en Aranda de Duero con tres hombres, interceptando correos franceses, comenzando así lo que se denominó la “Guerra de Guerrillas” y que tanto ayudaron a la victoria final y expulsión de las tropas francesas de España.

Estos guerrilleros que tantos estragos causaron a los franceses, de entre ellos Juan Martín fue el más destacado, tanto que de tres hombres, pasó a dirigir 5.000, siendo ascendido por la Junta de Defensa española a Brigadier Comandante General de Castilla la Nueva. (**Hace saludo militar con la mano a su sien**). Todos los guerrilleros se sentían honrados de hacerse llamar “Empecinados”, por el temor que entre los franceses producía Juan Martín, aunque éstos lo denominasen “bandidos y asesinos”. Casi todos los españoles luchaban contra los franceses para que volviese a reinar Fernando VII al que llamaban el “Deseado”, en vez del hermano de Napoleón que éste había impuesto como rey de España con el nombre de José I y al que los españoles llamaban despectivamente “Pepe botella”, (**Haciendo como que bebe y se emborracha al decir el apodo**) aunque de todos es sabido que no bebía. (**Mirando al público**).

Todos se preguntarán ¿Por qué le llamaban a Juan Martín “El Empecinado”, no? La Real academia de la Lengua española define empecinar como: “Obstinarse, aferrarse con gravedad a una cosa“. Pero es justamente por el carácter y la forma que Juan imprimía a su temperamento con actitud férrea, que esa palabra cambió su uso original, pues empecinar sólo se denominaba mancharse con lodo o pecina.

Le llamaban “Empecinado”, porque se bañaba de niño en el río Botijas, cerca del pueblo de Castrillo de Duero en Valladolid del que era natural, el cual, presenta un lodo o pecina grisáceo que al mover las aguas se levanta ésta, embadurnando la parte del cuerpo que se ha sumergido.

6

Nuestro héroe, después de sonadas victorias contra los franceses va de ascenso en ascenso con que la Junta de Defensa Nacional en 1811 premia a Juan Martín llegando hasta el grado de Coronel de Caballería.

Tal fue la fama y quebrantos que el Empecinado produjo al ejército francés, que Napoleón Bonaparte envió a varios generales para luchar únicamente contra él y apresarlo. Pero nada consiguieron si no humillación, derrotas y vergüenza. Tal fue el descalabro de Napoleón en España, que él mismo tuvo que venir a España con otros 150.000 hombres de su ejército más aguerrido, para doblegar al valeroso pueblo español, y que los generales y mariscales avergonzados ante el Emperador, no pudieron si no encolerizarle, cada vez que les daban el parte de guerra.

(Mira al público y alzando la voz dice :) ¡¡ Señoras y señores!! Ante todos ustedes,... ¡¡ El único, el inigualable,... su Alteza Excelentísima,... el emperador de toda Europa!!... ¡¡ Con todos ustedes!! ,... ¡¡¡ Napoleón Bonaparte!!! (Resuena fuertemente tambores, soldados en formación con corazas y cascos brillantes de dragones franceses, mientras la narradora se va alejando del escenario haciendo una profunda reverencia y comienza a sonar “La Marsellesa”. De entre los soldados vestido de general y caracterizado de Napoleón Bonaparte, éste comienza a cantar en español pero con acento francés).

Napoleón.- “Soy Napoleón Bonaparte,
Gran estratega y Emperador.
A mis pies el inglés será humillado,
El austriaco, el ruso, el español.
¡Calad,... la bayoneta!,...
¡Cañones,... resonad!,...
¡Jinetes montad,... a galopar!,...
¡¡Europa, mía será!!

Empecinado.- (Con voz cabreada y tono en la expresión como la que hizo Fernando Fernán Gómez, y vestido de militar español). ¡¡Y una mierda!!

Napoleón.- ¿Miegdá? ... ¿Quién osa ensuciar el aire con su voz en presencia del Emperador de toda Europa?

Empecinado.- ¡¡Juan Martín!!,... ¡¡El Empecinado!! Y no serás emperador de Europa mientras queden en pie, españoles con dignidad y honra.

Napoleón.- ¿Vos Juan Martín,... “El Empecinado”?

Empecinado.- ¡Sí yo soy Juan Martín, El Empecinado, el terror y quebranto de todos vuestros esbirros y lacayos!

Napoleón. - No sé, no sé. Se dice entre mis tropas que ese Empecinado tiene ojos fieros como de lobo, cuando estudia y acomete sus estrategias y celadas. Que es veloz como el águila, y fiero como un león cuando sobre mis filas hunde sus zarpas. Pero también sé, que cuando algo falla,... huye como una rata.

(**Mira de arriba abajo con altivez al Empecinado y continúa**). Más mis ojos sólo ven,... ¿Cómo diría yo?,... un español más, como tantos otros, bajito, sucio y desaliñado (**Se tapa la nariz como con repugnancia**) y eso sí, como la gran mayoría de todos ustedes,... con cara de mala leche. La verdad,... a pesar de todo, no dais la apariencia de ser, mucho más fiero que uno de los piojos, que de seguro, pacen sobre vuestra cabeza.

Empecinado.- Habéis de saber mi General, que este piojo al que vos menospreciáis, antes de que el valeroso pueblo de Madrid se alzara en armas contra vos, antes yo, como le digo, ya andaba partiendo cabezas francesas en Burgos como quien parte una nuez.

Napoleón.- Descendiente sin duda de Almogárabes debéis ser. Al igual que aquellos, turba mercenaria cruel y sanguinaria.

Empecinado.- ¡¿Cruel y sanguinario decís?! En Madrid usasteis sables, contra navajas, tijeras y punzones.

Contra fusiles y bayonetas caladas, Madrid combatió con palos, tejas y azadas. Hicisteis resonar vilmente sobre el pueblo vuestros cañones.

Pero los madrileños,... ¡¡¡Respondieron con cojones!!! Y su ejemplo motivó, a todos los españoles.

Napoleón.- Eran sólo una chusma alborotadora a la que había que apaciguar.

Empecinado.- No hemos sido los españoles los que entramos en huerta ajena, para tomar lo que no sembramos ni regamos.

Napoleón.- Cierto es que he tenido que enviar a varios de mis más insignes

generales, única y exclusivamente para combatir, ... Pero no, ... no puedo creer lo que ven mis ojos. No es posible que un asno pase por alazán, ni un perro pase por lobo.

Empecinado.- A lomos de asno he desjarretado a vuestros jinetes, y como perro sarnoso seguiré mordiendo a vuestras tropas hasta que se vayan. Porque prefiero ser un asno y perro español, antes que un pelele afrancesado con todos sus refinamientos afeminados.

Napoleón.- Seamos civilizados. La mayoría de vuestros gobernantes, marcaron el precio y yo acepté su valía. Os ofrezco mucho más que a ellos, ya que habéis demostrado más valor y dignidad. Añadid al precio que vos mismo fijéis el ser distinguido, como a uno de mis generales.

Empecinado.- “No os fatiguéis en tratar de apartarme de mi honroso empeño. Y tened entendido que si solo quedara un soldado mío, aún no se abría acabado la guerra, porque todos ellos, a imitación de su jefe, han jurado guerra eterna a Napoleón y a los viles esclavos que os siguen. Podéis estar bien seguro que El Empecinado y sus tropas morirán en defensa de sus patria, pues jamás nos uniremos a unos hombres envilecidos, sin honor, sin fe y sin religión“

Napoleón.- Grandes palabras usáis para ser tan chico.

Empecinado.- Sin duda sabréis que una sola piedra derribó al gigante Goliat, pues un muchacho se enfrentó sin otra arma que su valentía y dignidad. ¡Y por la madre que me parió!, al igual que aquél, que sin duda, ¡¡de España escaldado saldréis y con el rabo entre las piernas!!

Napoleón.- Los pueblos en su mayoría, están formados por vulgo y plebe y han de servir al señor, que, ... mejor les sepa gobernar.

Empecinado.- Pues este pueblo, aunque sólo sea el más bajo, vil y menospreciado de la sociedad, tiene honor y dignidad suficiente, como para no dejarse sojuzgar por nadie, y mucho menos por extraños.

Napoleón.- La audacia que habéis mostrado hostigando a mis ejércitos desde Burgos hasta Valencia no parece mostrarse con la misma inteligencia que se demuestra en reconocer, cuál es el rumbo que marca la modernidad. Francia es el futuro de Europa, y oponerse al futuro es continuar en la mediocridad y

oscurantismo con que vuestros párrocos os esclavizan en tradiciones de imágenes y misas interminables en latín, que ya nadie entiende.

Empecinado.- Permítanos Señor, que seamos nosotros mismos quienes decidamos a qué tipo de modernidad acogernos. El futuro sólo se forja en la fragua de la verdad y en el crisol de la justicia, los cuales dan honra a quienes han salido de ellos, templados como el acero, y relucientes como el oro.

Napoleón.- ¿Verdad?,... ¿Honra?,... ¿Justicia?,... En el presente, la única verdad soy yo. Conmigo está la honra. Yo soy quien con mi administro justicia en toda Europa.

Empecinado.- Pues si vos sois al presente la única verdad y el que ha de administrar justicia; al mismo Dios ruego, al que también habéis robado, para que me dé las mismas fuerzas que dio a Sansón y libre así a España de vuestro yugo.

Napoleón.- Para ser hombre del vulgo, parece que domináis tanto Escrituras Sagradas, como historia y filosofía. Mi hermano José os ofreció una buena renta si os pasabais a nuestras filas y prestarnos así vuestros servicios, como muchos ilustres españoles ya han hecho,... como el Duque de Mahón. Os redoblo la renta que mi hermano os ofreció,... pensadlo bien, seguro que es mucho más dinero que el que nunca cobraréis, ni aunque fuerais el más alto general de España.

Empecinado.- Sólo los viles y cobardes pueden ser sojuzgados. “El Duque de Mahón llegará a ser tan fiel servidor vuestro como lo ha sido de su patria. Este cobarde, que poseído del terror cuando atacé Cuenca, sólo cuidó de sepultar su persona en donde ni aún el estruendo del cañón se oyese, y que por falta de disposición perdió oficinas, secretarías, tesorería, y todos los equipajes de la columna, incluso los suyos propios y su misma espada que conservo, y que no tuvo el valor de empuñar para defenderse“.

10

Napoleón.- Veo que sois duro negociador, y que ni por vuestra propia madre disteis vuestro brazo a torcer.

Empecinado.- ¡¡Canallas!! Sólo las alimañas sin honor se atreverían a acometer tal villanía.

Napoleón.- Sí, sí, lo reconozco. No aprobé aquella sucia maniobra de mis generales contra vos. Capturar a vuestra madre amenazándoos con fusilarla si no os entregabais, no fue una acción muy acertada.

Empecinado.- ¿Sucia maniobra decís?,... ¡Aquello fue una canallada! Pero para cojones,... los míos. Bien que me conocen sus oficiales, que todo lo que prometo lo cumplo. Y que si ellos se atrevían a fusilar a mi anciana madre, yo pasaría a cuchillo a todos los franceses que tenía presos y a todos los que a partir de ese momento apresase. ¡¡Y valla si la soltaron!! Por que sabían que no amenaza de balde y que antes de haberlos matado, los habría despellejado.

Napoleón.- Veo que estáis muy resuelto en vuestra actitud. Si conocieseis también como yo conozco al que vosotros llamáis vuestro rey,... ese tal Fernando, tiempo ha que hubierais depuesto vuestro ímpetu y lealtad.

Empecinado.- Mi vida estoy dispuesto a dar por mi rey y por mi patria.

Napoleón.- Por vuestra patria, sí sería loable, más os puedo asegurar que no por ese, al que pretendéis por rey. Vuestra fe en él os matará.

Empecinado.- España, no es nada sin su rey.

Napoleón.- Toda patria, tiene los gobernantes o el rey que se merece. No se hable más y que sea el tiempo juez, y ponga a cada cual en el lugar que corresponde en la historia.

(Suena de nuevo la Marsellesa y las tropas y Napoleón salen de escena cerrándose el telón).

ACTO 4º

11

(Aparece en escena la historia de España (Narradora), casi a oscuras como anunciando negros presagios).

Narradora.- De todos es sabido que Napoleón nunca habló cara a cara con el Empecinado, pero sí es verdad que conocía los estragos que éste causaba en sus tropas, así como que envió a tres generales, para detenerle, sobornarle y a hacer lo que fuese, con tal que dejase de hostigar a sus ejércitos.

Ni tampoco que yo supiese, que Napoleón cantase con tan buena voz. Y por supuesto que la letra cantada de La Marsellesa en esta obra, no es literal a la original,... ¿Cómo diría?,... ¡Ya!... eso es. Es una traducción “libre”. El autor de esta obra de teatro, introduce y se vale de ella para resaltar las intenciones y hechos que caracterizaron a Napoleón Bonaparte,... “Argucias” que usan los autores. Pero que ustedes, como buenos espectadores que creo que son, estoy completamente persuadida que sabrán diferenciar entre hechos históricos verdaderamente constatados y la ficción novelesca nacida de la imaginación del autor.

Juan Martín se empecinó en que los franceses se fueran de España y,... valla si lo consiguió, y que reinase Fernando VII en España pero acatando éste la Constitución de Cádiz que en 1812 se promulgó en su ausencia. Pero cuando uno se obstina, a veces se consiguen unas cosas,... y como es lógico, otras no.

En 1814, con la ayuda de ingleses y portugueses, los españoles consiguieron expulsar a las últimas tropas de Napoleón de España. Por aquél entonces Juan Martín era Mariscal de Campo.

Un labrador con el coraje y audacia militar de un emperador, quien había arriesgado su vida tantas veces por su patria y para que su rey Fernando VII volviese a España, veía por fin cumplido el sueño por el que tanto luchó.

Al ser expulsados los franceses y regresar Fernando VII, Juan Martín fue de los primeros en salir a recibirle y darle los honores que el rey de España merecía. Fernando VII venía desde Francia con su séquito a gobernar su país.

12

Es triste encontrarse frente a un desagradecido, pero si además de desagradecido es ruin, traidor, desleal, miserable y cobarde; imaginaros cómo debió sentirse nuestro héroe, pues todas éstas características se agolpaban en el rey más nefasto que haya podido tener nunca un país. Fernando VII El Deseado,... menuda ironía, tanto desear, luchar y esforzarse, por alguien que no era digno de tan nobles y leales súbditos.

Mientras los españoles luchaban y morían por echar a los franceses de España, y por hacer volver a su rey; éste mientras tanto, pretendía emparentar

familiarmente con Napoleón y está constatado que le felicitaba personalmente por sus diferentes victorias por toda Europa.

Al encontrarse frente al séquito de su rey, sí que hay constancia que entre el Empecinado y Fernando VII se mantuviera esta primera conversación de este acto.

Señoras y señoras,... muy a mi pesar, tengo la obligación y forzoso imperativo de presentarles a Fernando VII, en quien se encarna y nacen las desgracias que España arrastrará a partir de su llegada y habrá de sufrir la patria en sus siglos posteriores.

(Se aleja del escenario y El Empecinado alegre se presenta ante su rey, escoltado este, por afrancesados como séquito y corte).

Empecinado.- Es un honor para mí el recibiros majestad, muchos y difíciles han sido los años que hemos esperado hasta éste momento. Sean ustedes todos bienvenidos a su patria, los representantes y autoridades que en su ausencia, han gobernado España, les esperan en Las Cortes.

Fernando.- “Éstos son los grandes de mi corte. Supongo, que no conocerás a ninguno“.

Empecinado.- (responde con recelo al ver que su rey le humilla ante su séquito y que estos sonríen al dejarle en evidencia). “En efecto Señor, a ninguno de éstos señores conozco, porque no les he visto tomar parte en la campaña contra el invasor, a quien al fin, hemos echado“.

13

Fernando.- Te puedo asegurar Juan que os habré de gobernar y seré para vosotros un rey,... ” Absolutamente absoluto”.

Empecinado.- Señor, estoy aquí para recibiros y para conducirlos a Madrid, y para que al llegar a Madrid, seáis presentado a Las Cortes donde vos habréis de prometer la Constitución.

Fernando.- (Moviendo la cabeza de izquierda a derecha) Juan, Juan. Juan. No quisisteis emparentar con Pepe Botella, y en mi ausencia me pusisteis los

cuernos con La Pepa. ¿No creéis que antes de haber tomado ninguna decisión, teníais que haber sabido, qué era lo que yo disponía?

Empecinado.- Si hubiéramos podido ponernos en contacto antes con usted, seguro que ni por un momento nos hubiéramos demorado. Si hubiéramos podido, el mismo 2 de Mayo a los franceses, ya los hubiéramos echado. Pero en esta ocasión señor, Francia era el toro, y nosotros las moscas cojoneras.

(La Corte de Fernando VII se ríe del último comentario del Empecinado, como reconociendo que ante ellos, él y los que habían luchado, seguían siendo como moscas).

Fernando.- Conozco perfectamente el camino que conduce a Madrid. No me es necesaria tu escolta. Mi séquito sabrá protegerme y conducirme hasta el Palacio Real de Madrid.

Juan,... conservarás tu graduación militar, aunque sé que has sido labriego y no de la nobleza. Te aconsejo que vuelvas a tu Valladolid natal, y que no entorpezcas mi regia labor de reinar,... como yo mismo entienda.

Empecinado.- Señor, no he sabido hacer otra cosa, desde los 17 años en la Guerra del Resollón, hasta los 34 años que ahora tengo, si no el servir a vos y a España. Si esa es vuestro deseo, por mi lealtad a vos y a mi patria que solícitamente por mí se cumplirá. Muchos años llevo luchando por España, y seis porque reinaseis vos “El Deseado”.

Fernando.- Pues vuestro deseo ya es cumplido Juan, pues así como vos y mi propio pueblo me apodó “El Deseado”, a fe mía Juan, que más de uno deseará, no haberme deseado tanto. (Se pagan luces, se cierra el telón).

ACTO 5º

14

(En escena narradora iluminada levemente. A un lado sin que se vea a Juan Martín vestido con camisola blanca, pero con botas altas, sucio dentro de una jaula con ruedas. Escenario en total oscuridad, sólo en penumbras la jaula).

Narradora.- Cinco años pasó Juan Martín digiriendo en su pueblo, la falta de agradecimiento de su rey. Se obligó a Fernando VII a través de presiones políticas, que éste jurara la Constitución. Conocidísima es la frase de Fernando VII cuando la juró: “Marchemos francamente, y yo el primero, por la senda constitucional”. (Con mueca y ladeo de cabeza),... ¡Menudo hipócrita!

Con el pronunciamiento del General Riego, el rey fue desposeído de su poder absoluto en 1820. El Empecinado volvió nuevamente a la vida pública, durante el periodo que se llamó Trienio Liberal formando parte de su gobierno, siendo gobernador militar de Zamora y Capitán General.

Fernando VII desde el principio del Trienio, con intrigas intentó recuperar el poder, pero no lo consiguió, ni sobornando para su causa a antiguos guerrilleros como el Cura Merino. Pero ayudado por partidas absolutistas españolas, a las que se denominó el ejército de la Fe y sobre todo, por la Santa Alianza legitimista extranjera, con un ejército francés al mando del duque de Angulema, a los que se denominó “Los 100.000 de San Luís” lucharon para que Fernando VII anulase la Constitución de Cádiz de 1812, e implantase de nuevo el absolutismo.

El Gobierno Liberal del que El Empecinado formaba parte, sin el apoyo popular, fue derrotado por los franceses y puesto en fuga. Juan Martín se exilió en Portugal. Desde allí pidió un permiso para regresar sin peligro, permiso que le fue concedido. Llegó a Roa en Burgos para acogerse a los fueros y pedir el derecho de asilo. Pero fue traicionado y detenido por el corregidor de esta ciudad, Domingo Fuentenegro que le mantuvo prisionero y humillado por dos años, haciendo que le exhibieran en una jaula de barrotes de hierro, hasta que llegara la sentencia de muerte firmada por Fernando VII.

(La narradora se aleja y comienza a iluminarse la jaula donde se ve a Juan Martín. En pie un carcelero que se dirige a al Empecinado).

15

Carcelero.- Si hubieras aceptado el título de conde y el millón de reales que el rey te ofreció por aceptar ser absolutista, no te habríamos detenido, ni te verías rumbo al cadalso, con la sentencia de muerte presionando tu cuello.

Empecinado.- Nunca he aceptado ser sobornado por nadie. Ni cuando lo intentaron los franceses, ni después traicioné mi conciencia cuando respondí al mensajero de Fernando VII: “Diga usted al rey, que si no quería la Constitución, que no la hubiera jurado; que el Empecinado la juró y jamás cometerá la infamia de faltar a sus juramentos“.

Carcelero.- Aún así confiaste en el rey.

Empecinado.- No me entraba en la cabeza que el rey de España por el que tanto luché, pudiera ser tan vil e infame. Arriesgué mi vida junto con otros miles de españoles por librarnos de la tiranía de Napoleón y con nuestra ayuda se alzó como rey en España uno aún mucho más tirano, pero más ruin y torpe que aquel.

Carcelero.- ¿No temes injuriar al rey?

Empecinado.- Si hubiera temido no ir siempre con la verdad por delante, sería un servil más como todos vosotros, que por un mendrugo de pan, mostráis vuestra cerviz, dejándoos sojuzgar.

Carcelero.- Hasta el Duque de Wellington y el propio rey de Inglaterra han enviado cartas de clemencia a nuestro rey para que seas absuelto. Si depusieras tu actitud y mostrases simpatías absolutistas, de seguro que nuestro rey Fernando VII del cadalso te libraría.

Empecinado.- Siempre he sido un hombre de conciencia y con palabra de honor. España necesita gobernantes capaces y sobre todo patriotas, que busquen más el interés de su país que el suyo propio. Además ¿Qué se puede esperar de quien hace traer de Francia, para recuperar su trono absolutista a los 100.000 hijos de San Luís, no importándole matar españoles?

Carcelero.- Después de seis años de guerra contra los franceses, la gente quería vivir en paz y no estaba dispuesta a oír arengas “comuneras”, ni mucho menos “numantinas”.

16

Empecinado.- ¿Cómo se puede caer tan bajo? Los mismos franceses que echamos de una patada, nueve años después, allá por los pueblos y ciudades que pasaban de España, eran recibidos con los brazos abiertos, pues todos querían venderles su pan, hortalizas, carnes y sus mejores vinos.

Carcelero.- Cuando entraron la primera vez se apropiaban todo por la fuerza, y si protestabas te daban con las culatas de sus bayonetas,... después fue diferente, los 100.000 franceses hijos de San Luís, no se iban sin pagar de las tabernas y llenaban las arcas de los pueblos donde se alojaban. Además vuestro gobierno liberal nos consumía con impuestos. Como ves, las cosas habían

cambiado.

Empecinado.- Si dejamos que cambie la palabra, perdemos nuestro honor y no tenemos ni somos nada.

Carcelero.- El honor no reparte trigo. Mientras que tengamos qué comer,...
¿Qué importa quién nos mande?

(El carcelero da una patada a la jaula. Esta se va hasta el centro del escenario, iluminándose todo el escenario. Al fondo se ve el patíbulo con una soga que pende en alto. Un juez sentado frente a una mesa junto a secretarios y con soldados en pie al lado. Una turba de gentes del pueblo sale desde un lado del escenario dando palos a la jaula y vejando al Empecinado).

Populacho.- ¿Dónde está el lobo feroz que tanto temían los franceses?

- Nuestro lobo se nos convirtió en gato, Ja, ja, ja.

- ¿No era este al que ni tres generales de Napoleón y 10.000 soldados pudieron apresar?

- No se le pudo apresar porque no se topó con los mariscales y el ejército de Roa de Burgos, Ja, ja, ja.

- Tanto te empecinaste en luchar por el rey Fernando, que al final te hundiste en su propia pecina. Ja. ja, ja.

(Uno del populacho se acerca con una vara larga como si fuera un dignatario y mofándose le dice)

17

- ¡¡Mirad el labriego que pretendió ser un grande de España!! He aquí esta es tu gloria, he aquí tu recompensa por la patria, ¡¡He aquí tu galardón!! (Y da un sonoro varazo en la jaula, mientras los demás empiezan a tirarle hortalizas y riéndose).

(En un arranque de ira el Empecinado se agarra a los barrotes y les espeta).

Empecinado.- ¡¡ Aún el más pobre y humilde labriego si guarda su dignidad y no falta a su palabra, es de más valor para Dios, que toda la pompa, oropeles y gloria, del mismo rey Salomón!!

(Se levanta el juez y alza la voz).

Juez .- ¡¡Basta ya!! ¡Juan Martín Díez!, más conocido como “El Empecinado“, has sido condenado por éste tribunal a la horca, por atentar contra los derechos del trono del rey Fernando VII, que es quien rubrica esta sentencia.

¡¡ Ejecútese la sentencia!! (Los soldados salen en dirección a la jaula, el populacho jalea, increpa y veja al Empecinado).

(Le sacan de la jaula y ruega a los soldados).

Empecinado.- ¡¡ Dadme muerte fusilado con honor, y no ahorcado como un perro traidor! ¡¡Por Dios!! (Un soldado le da un culatazo con su fusil).

(El Empecinado sorprendido por el golpe, arremete contra un oficial, se hace con su espada, el populacho empieza a correr despavorida, el juez se mete bajo la mesa y salen corriendo sus secretarios, El Empecinado blande la espada en el aire y sin percatarse por la espalda un soldado le golpea en la nuca, queda aturdido, los demás soldados comienzan a golpearle cerrando un círculo ante él, cayendo al suelo, mientras siguen golpeándole todos cerrando la visión de los espectadores).

(El juez bajo la mesa, al ver que se ha sofocado el arrebató del Empecinado, sale y alza la voz).

Juez.- ¡Dejadle ya! Vais a matarlo a golpes y no ahorcado. Atadle las manos y subidlo al patíbulo.

18

(El Empecinado con la cabeza y camisa ensangrentadas, es alzado por dos soldados inconsciente, como muerto. Le ponen la soga al cuello y sin dejar de sujetarle los soldados uno a cada lado, se apagan todas las luces del escenario).

(Al fondo se ve un transparente como una sombra donde se ve un hombre colgado por el cuello balanceándose).

(Aparece la narradora cabizbaja. Poco a poco se apaga el transparente de hombre ahorcado iluminándose sólo a ella. Ésta cierra la obra).

Narradora.- Es justo que la historia resalte en honra a quienes por sus hechos merecieron mejor suerte, y quienes en vida se llevaron la honra sin merecerlo, sean públicamente desacreditados.

Nos parezca justo o no, la historia es la es y ya nadie puede cambiarla. Pero sí tenemos por lo menos la obligación de reparar la memoria y darles el honor y gloria a aquellos que por sus hechos en vida la merecieron.

Ante hechos injustos tan evidentes, no se puede seguir callado, pues al hacerlo, nos haríamos cómplices de sus verdugos, si lo relegásemos al olvido.

Los pueblos que olvidan a quienes dieron su vida por su patria, corren el serio peligro de resquebrajarse, y están abocados a su disolución.

La grandeza de un pueblo se muestra en la honradez, valentía y nobleza de sus ciudadanos; y un pueblo que es agradecido, siempre ha de recordar y reconocer a los que de entre ellos, prefirieron antes morir, que dejarse sobornar, faltando así a su palabra, traicionando con ello a su patria.

Hombres como Juan Martín han hecho que el nombre de España sea grande entre las naciones, y su coraje, voluntad férrea y valentía, un ejemplo a seguir.

Si les ha gustado la obra,... les rogaría un aplauso cerrado y no para mí, si no para que con él, vuelvan a revivir y sean honrados en España siempre, hombres como ¡Juan Martín,... “El Empecinado“!

(Se encienden las luces del escenario. Los actores van saliendo a escena aplaudiendo y según vaya el aplauso en aumento, salga el actor que representa a Juan Martín vestido con uniforme de gala de general y montado sobre un caballo; tributándole así el aplauso más cerrado).

Alcalá de Henares 3/4/2008

TÍTULO DE LA OBRA:

El Retorno de Juan Martín
(El Empecinado)

AUTOR:

FERNANDO CABRERA SANTOS